



La fe práctica en la Divina Providencia de Dios

Sagrado Corazón de la Virgen María

Lucas 2, 41-51. María conservaba todo esto en su corazón

Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo su padres. Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaban entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca. Y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchádoles y preguntádoles; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas. Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando». El les dijo: «Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio. Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón.

Reflexión

La Sma. Virgen quiere darnos todas las gracias que necesitamos para vivir lo mejor posible nuestra vida de cristianos. Hoy queremos reflexionar sobre la gracia de una fe profunda y vital que Ella, quiere regalarnos: la fe práctica en la Providencia de Dios.

¿Cómo entendemos nosotros esa Fe Práctica en la Divina Providencia? Creemos que Dios - Padre ha hecho un plan de vida de cada uno de sus hijos. Por medio de este plan providente, Él quiere conducirnos a su Reino, quiere educarnos como hijos, quiere perfeccionarnos según la imagen de Jesucristo.

Y porque “Dios es amor”, este plan no puede ser sino un plan de amor. Dios quiere que seamos felices. Que seamos felices por toda la eternidad. Por eso, Dios sólo puede querer nuestro bien: “Dios nos prepara los mejores pañales”, solía decir el Padre José Kentenich, fundador del Movimiento de Schoenstatt, también estando en la cárcel o en el campo de concentración de los nazis.

Entonces Dios, consecuente con su plan, se preocupa personalmente de cada ser humano, porque Él es PADRE. Se preocupa de cada cosa, incluso de lo más insignificante, en mi vida. Por eso la palabra del Señor en el Evangelio: “¿Acaso no se venden dos pajaritos por unas monedas? Sin embargo, ni uno solo de ellos cae a tierra,

sin el consentimiento del Padre que está en el Cielo...”. Y después agrega el Señor: “Vosotros tenéis contados todos vuestros cabellos” (Mt 10, 29s).

Ahora, Dios quiere que conozcamos, que descubramos poco a poco su plan de amor. Él quiere que sepamos cual es su deseo para con nosotros. Es por eso que Él nos habla permanentemente.

Son tres los libros que contienen su palabra. El primero es la BIBLIA. El otro es el libro de su CREACIÓN: Allí nos habla p.ej. por medio de las flores, del cielo, del sol, etc. Cada una de sus creaturas es la encarnación de un pensamiento y de un deseo suyo.

Pero sobre todo Dios nos habla por medio del libro de la vida, es decir, los acontecimientos de cada día. Cada hecho que sucede - p.ej. ese problema que se presentó en mi trabajo o en mi casa; esa alegría que me dio mi cónyuge; a ese consejo que recibí de un amigo... - todo eso es una voz a un llamado de Dios.

Dios esta realmente presente en mi vida y es allí donde tengo que encontrarlo y dialogar con Él. Pero para eso necesito saber mirar con fe lo que me sucede y dejarme tiempo para poder descifrar los mensajes que Dios me envía.

Lo que más nos cuesta aceptar en nuestra vida son los sucesos dolorosos, cruces y sufrimientos que Dios envía o que Él permite. Entonces el Padre Kentenich, fundador del Movimiento de Schoenstatt, utiliza una imagen diciendo: Las manos de Dios son siempre bondadosas. Pero están, algunas veces, revestidas de guantes de hierro. Y esos guantes de hierro hacen daño.

¿Qué debemos hacer entonces? Debemos hacer transparentes los guantes de hierro y ver detrás, a la luz de la fe, las manos bondadosas del Padre. Él hace todo siempre por amor, también cuando se trata de injusticias, calumnias, humillaciones, o de otras cruces que Él permite en nuestras vidas.

Así, cada día de nuestra vida, cada acontecimiento es como una carta de amor que Dios nos escribe.

Para encontrar al Dios de la vida, deberíamos buscarlo primero en nuestro pasado. Deberíamos ver su mano en aquellos hechos que más nos han marcado, tanto en los tristes como en los felices. Nada de eso ha sucedido por casualidad. Dios escribe conmigo una historia de amor original, inédita, diferente a todas las otras. Y yo he de aceptarla así como Él lo ha querido.

Pero principalmente tengo que leer los mensajes que Dios me envía en el presente de mi vida. El pasado ya no puedo cambiarlo y tengo que aceptarlo tal como ha sido. El futuro esta abierto todavía. Y por medio de las cosas que me están sucediendo hoy, Dios me está proponiendo planes que tengo que realizar mañana: me esta invitando a actuar, me esta haciendo advertencias, me está pidiendo más amor.

Por ejemplo la enfermedad de mi hijo, la situación difícil en mi trabajo, la mala nota que saqué en el colegio, etc., son voces, son llamados de Dios. También la situación

social, política, religiosa del país forma parte importante de mi diálogo personal con Dios. En todo esto trato de escuchar su voz para darle la respuesta que Él me pide.

Queridos hermanos, esa ha sido la actitud permanente de la Sma. Virgen. El Evangelio nos dice: “María guardaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón”. Ella iba recogiendo y meditando todo lo que pasaba a su alrededor, para descubrir así el plan de Dios con Ella.

También nosotros hemos de imitar el ejemplo de María. Hemos de ir acostumbrándonos a reflexionar sobre lo que Dios nos dice o pide por medio de las distintas cosas que nos pasan. Entonces marcharemos con seguridad por la vida.

Pidámosle, por eso, a la Virgen María, que nos regale la gracia de una fe profunda y vital en la Providencia de Dios.

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt